

Editorial

Los tiempos de la gran ruptura

Por Alfredo Juan Manuel Carballeda

La tríada Libertad, Igualdad y Fraternidad que dio forma a los ideales de Occidente desde mediados del siglo XVIII estalla y se separa luego de años de desgaste generado desde la lógica de construcción de sentido común que produce el Neoliberalismo.

Minuto a minuto se difumina un mundo en el que la Libertad era sostenida desde la Igualdad y esa amalgama construía o prometía sociedades fraternas, inclusivas y con perspectiva de diferentes formas promisorias de futuro.

La gran escisión logró hacer que cada uno de esos conceptos, más que fusionarse y hacerse más potentes, se separaran y pujaran entre sí. De esta manera, habitamos una cultura que nos recuerda de manera permanente que la Libertad es un bien que debe adquirirse en el Mercado a través de propuestas meritocráticas. La Libertad dejó de ser un derecho para convertirse en un atributo de los supuestos “ganadores” en la puja del “libre” mercado.

La Libertad, al desprenderse de la Igualdad, se convierte en una competencia en la que la igualdad de unos perjudica la libertad económica de otros, mientras que la Fraternidad -la idea de cohesión, de integración social- es presentada como una utopía romántica y naif, un Valor olvidado que reaparece sólo cuando el mercado convoca a la unión recordando viejos sentimientos olvidados en el fondo de la memoria. Una libertad sin sociedad, sin acuerdos, sin mediaciones, sin responsabilidades; una libertad que sólo pueden ejercer los poderosos. Así, en nombre de la libertad se ataca lo que queda de las tramas sociales. La fortaleza de los sujetos colectivos, la posibilidad de contención y apoyo de los Estados es llamada “populista” y es desmantelada. Lo mismo ocurre con la defensa de los derechos de los más débiles, que rápidamente es acusada de “garantista”, como si garantizar derechos sociales y civiles sea una especie de emulación del delito y la transgresión.

Es difícil pensar en fraternidad en un contexto en el que sobresale la competencia sin reglas, la impunidad del poder económico y el sustento de todas estas cuestiones con un telón de fondo donde se elogia la ignorancia y la inmediatez del modo “panelista” de conocimiento.

Esa tríada se derrumba. Y tal vez esa caída demuestre lo endeble de su sentido y, fundamentalmente, que es necesario construir otros, con otras lógicas desee una perspectiva puesta en el Sur, tomando aportes de esa promesa surgida en 1789 y que fue base de nuestras independencias, pero construirlos desde un pensar situado, sin ausencias ni prohibiciones, donde la dignidad y la condición humana sean los ejes rectores por encima de las libertades que sólo benefician a los más fuertes y especialmente a los “mercados”, afirmando que no hay Libertad en la desigualdad, en lo indigno, en la fragmentación, en comunidades ausentes. No hay libertad sin otredad.